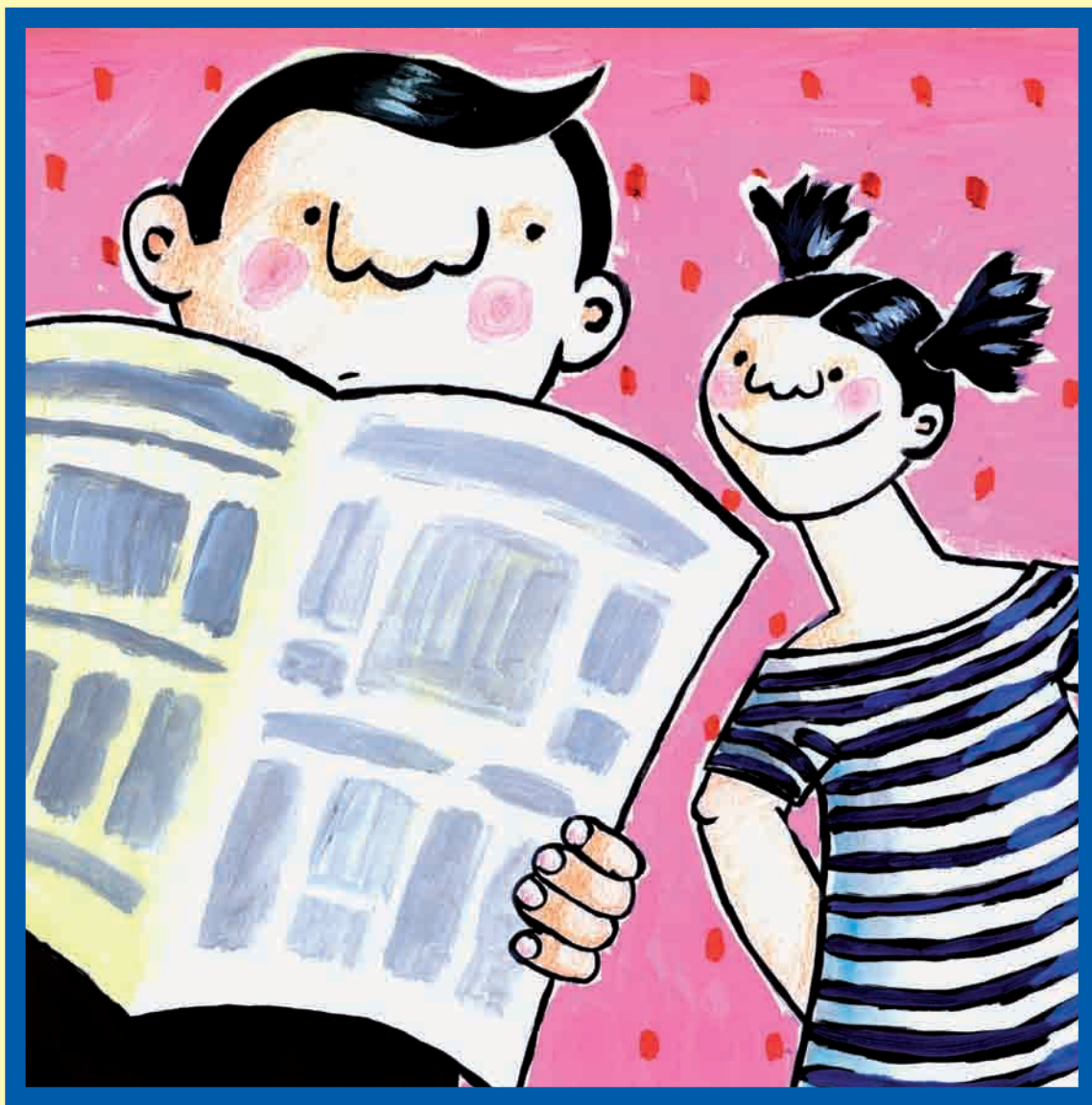
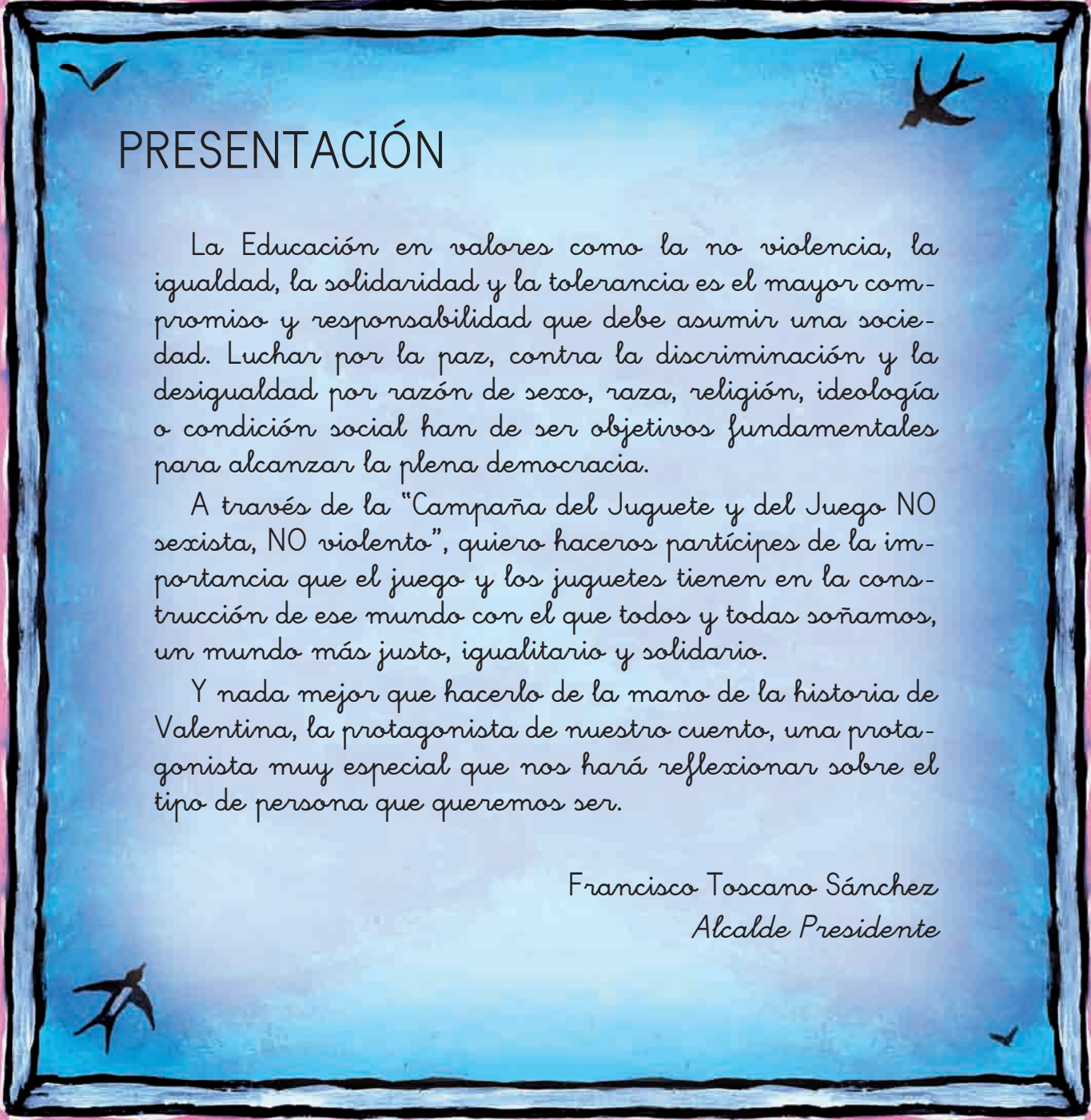


Papá, quiero ser...





Edita: Excmo. Ayuntamiento de Dos Hermanas
Premio del Concurso "Cuentos para la Igualdad" 2011
Texto e Ilustración: Pilar Dueñas Caro
Producción: Diseño Sur
Depósito Legal: SE-9067-2011
ISBN: 978-84-95591-43-2



PRESENTACIÓN

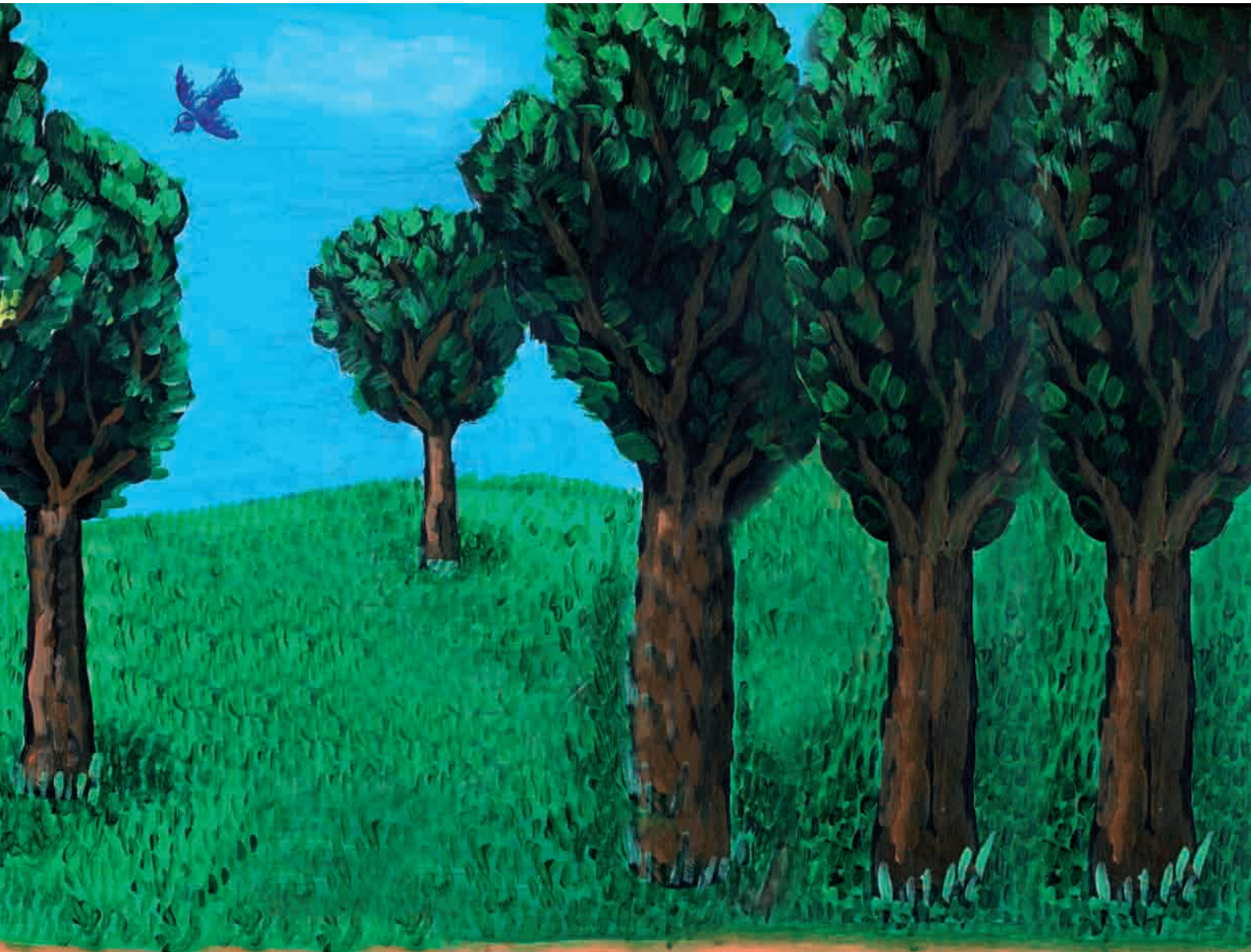
La Educación en valores como la no violencia, la igualdad, la solidaridad y la tolerancia es el mayor compromiso y responsabilidad que debe asumir una sociedad. Luchar por la paz, contra la discriminación y la desigualdad por razón de sexo, raza, religión, ideología o condición social han de ser objetivos fundamentales para alcanzar la plena democracia.

A través de la "Campaña del Juguete y del Juego NO sexista, NO violento", quiero haceros partícipes de la importancia que el juego y los juguetes tienen en la construcción de ese mundo con el que todos y todas soñamos, un mundo más justo, igualitario y solidario.

Y nada mejor que hacerlo de la mano de la historia de Valentina, la protagonista de nuestro cuento, una protagonista muy especial que nos hará reflexionar sobre el tipo de persona que queremos ser.

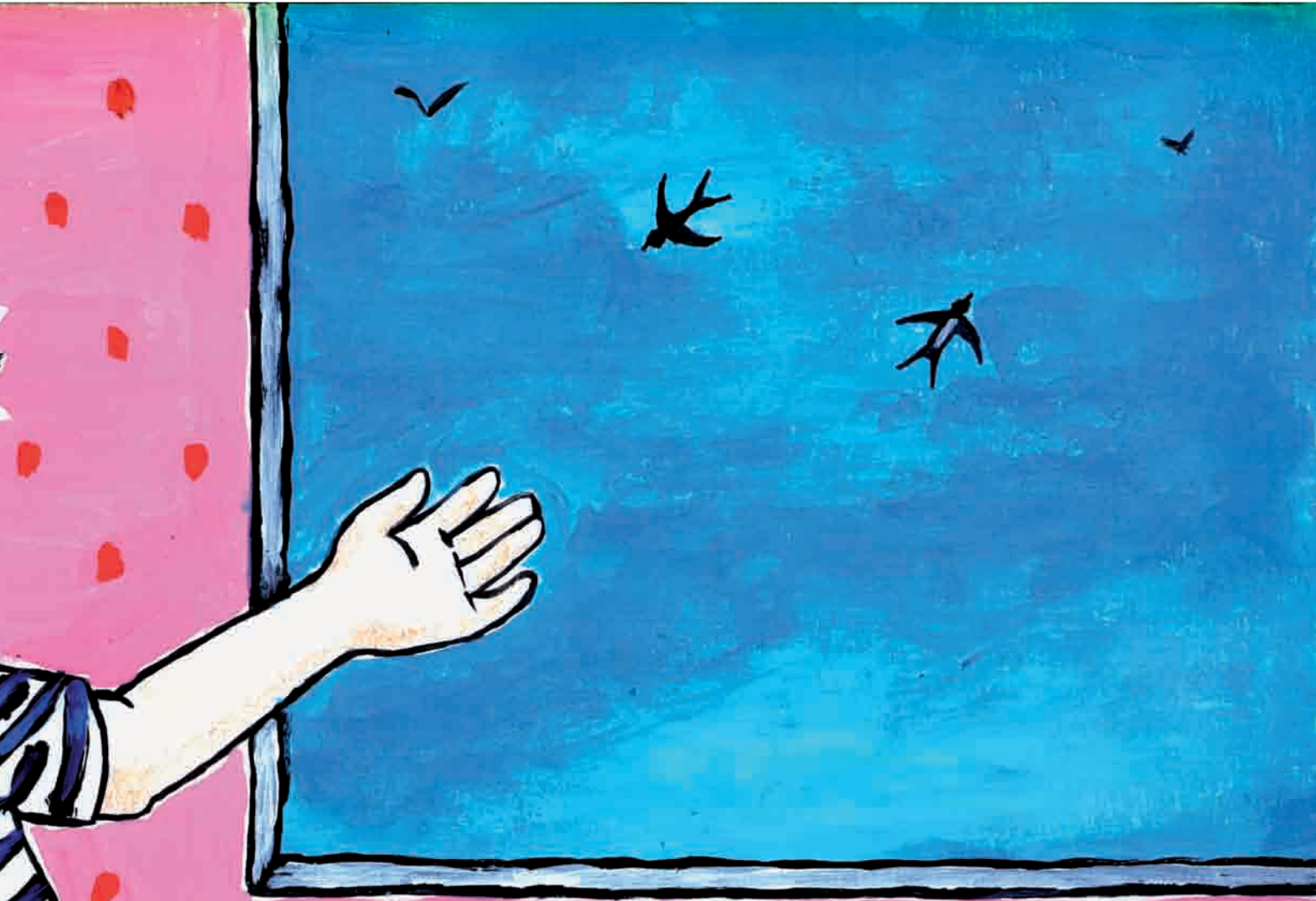
Francisco Toscano Sánchez
Alcalde Presidente





Papá, quiero ser...





Era lunes, había llegado la primavera y Valentina estaba asomada a la ventana del salón, observando con atención el cielo azul, limpio de nubes. Los gorriones curioseaban posados en los cables de la luz y algunas golondrinas volteaban en el aire. Valentina, pensativa, le dijo a su papá, que leía tranquilamente el periódico:

—¡Papá, papá, quiero ser un pájaro!

-¿Por qué, Valentina, por qué quieres ser un pájaro?
-preguntó su papá sin entender aquel repentino deseo de la niña.

-Porque quiero volar muy alto, muy lejos y después, volver; construir un nido muy bonito donde cuidar de mis polluelos y enseñarles a volar. -Valentina suspiró-. ¡Papá, los pájaros son tan bonitos!







El padre la miró por encima del periódico con los ojos muy abiertos.

—Pero, hija mía, tú no puedes ser un pájaro, ¡eres una niña!

—¡Pues seré un pájaro! —replicó la testaruda Valentina.

Y la niña se puso a correr por el salón con los brazos extendidos, agitándolos arriba y abajo como si fueran alas.







El martes, Valentina y su padre dieron un paseo por el parque. Hacía calorcillo y la frescura de la vegetación se agradecía. De repente, la niña tiró de la mano de su papá y le dijo:
-¡Papá, papá, quiero ser un árbol!





—¿Un árbol? —A papá le divertían las extrañas ocurrencias de su hija.

—¡Oh, sí, un árbol! —explicó la niña— Los árboles son muy altos y muy fuertes. Nos dan sombra cuando hace calor; en ellos crecen frutos muy ricos como las peras y las naranjas... y las cerezas. — Valentina se relamió al pensar en las dulces cerezas del verano.

—¡Qué ricas! —asintió su padre.

—¡Y mira, papá! —Valentina señaló un álamo muy alto al borde del camino—. ¿Ves allí arriba? ¿Ves aquel nido chiquitito? Los árboles dejan que los pájaros construyan los nidos entre sus ramas y las tienen siempre extendidas para que ellos se posen y descansen. Los árboles son muy generosos, papá.



-Tienes mucha razón, Valentina -dijo el padre-. Pero tú no puedes ser un árbol, eres una niña.

Valentina frunció el ceño, le molestaba que su papá fuera tan negativo. "¡Yo quiero ser un árbol!", repitió. Entonces, se plantó en medio de la plazuela, donde las palomas picoteaban migas de pan; extendió los brazos y las palomitas se subieron sobre ellos, sobre los hombros y sobre la cabeza de la niña.





El miércoles, papá estaba pelando patatas en la cocina. Valentina, que observaba atentamente cómo su padre cortaba las patatas en tiras, cogió una patata muy grande y llena de tierra.

—Papá, en realidad, me gustaría ser tierra —dijo Valentina, mirando la patata.

—¡Caramba! ¿Ahora quieres ser tierra? —Papá dejó de cortar el trozo de patata que tenía entre las manos y esperó la explicación de su hija.







-Sí, la tierra huele bien cuando llueve -dijo Valentina-. En ella crecen las patatas, las flores y los árboles que sirven de casa para los pájaros. Hay caminos en la tierra para caminar y, cuando estamos cansados, nos podemos tender sobre ella. La tierra es suave y si se moja, se vuelve barro con el que se hacen cacharros donde comer y beber. -¡Hum, cuántas cosas sabes, Valentina! -felicitó su padre. -Pues claro, papá -contestó la niña-, mi maestra nos enseña muchas cosas bonitas.



Papá la miró con tristeza.

-Ay, hija, pero tú no puedes ser tierra. ¡Eres una niña!

Valentina no contestó; en lugar de eso, ensució su cara con la tierra de las patatas y se echó sobre el suelo de la cocina. Su padre le regañó: "¡Valentina, levántate del suelo, que te vas a resfriar!".



Llegó el jueves. Por la tarde, padre e hija se dispusieron a regar las macetas de la terraza. Llenaron dos regaderas, la de Valentina era más pequeña y de color naranja. A ella le encantaba ver cómo caía el agua por los agujeritos de la alcachofa. Los geranios estaban preciosos.

-¿Sabes, papá?

-¿Qué? -Papá estaba arrancando algunas hojas secas del geranio de color blanco.

-En el cole nos han enseñado que el agua es muy valiosa -dijo Valentina.

-Así es -asintió su padre.

-Pues entonces, creo que quiero ser agua.







لينا

Esta vez, su padre no dijo nada, se limitó a seguir examinando las macetas con una sonrisa en la cara. Valentina miró el interior de su pequeña regadera naranja. Imaginó cómo sería convertirse en agua y pensó en las cosquillas que le harían los peces cuando nadaran dentro de ella.







También recordó lo que le había explicado su maestra: el sol la calentaría y la convertiría en una nube blanca y algodonosa. Más tarde, al enfriarse, la nube se desharía en millones de gotitas que caerían sobre la tierra, sobre los geranios de su terraza y sobre los árboles que cobijan a los pájaros.

Por fin era viernes. Papá fue a recoger a Valentina a la salida del cole. Los niños y niñas corrían con sus mochilas a la espalda. A lo largo de toda la semana habían aprendido muchas cosas pero lo mejor del viernes era saber que, durante los dos próximos días, tendrían mucho tiempo para poder jugar. Valentina abrazó fuerte a su padre.





Padre e hija se encaminaron hacia casa a buen ritmo, pues ya era la hora de almorzar.

—¡Papá, ya sé lo que quiero ser de verdad, de verdad de la buena! La niña estaba muy contenta y, cogida a la mano de su padre, le balanceaba el brazo sin parar.





-¿Pájaro? -preguntó papá.
-No.
-¿Árbol?
-No, no. -Valentina sonreía.
-¿Tierra o agua? -volvió a preguntar
el padre.
-No, no, no.
-¿Entonces?
-¡Papá, quiero ser persona!



El papá de Valentina estaba muy impresionado por aquella respuesta.

—¿Ah, sí?

—¡Sí! —respondió la niña—. Porque las personas pueden cuidar de todas las cosas que hay en el mundo: del agua, de los árboles, de los pájaros y de todos los niños y niñas de la Tierra.

El padre se detuvo pensativo y le dijo a su hija:

—En ese caso, creo que tengo buenas noticias para ti...

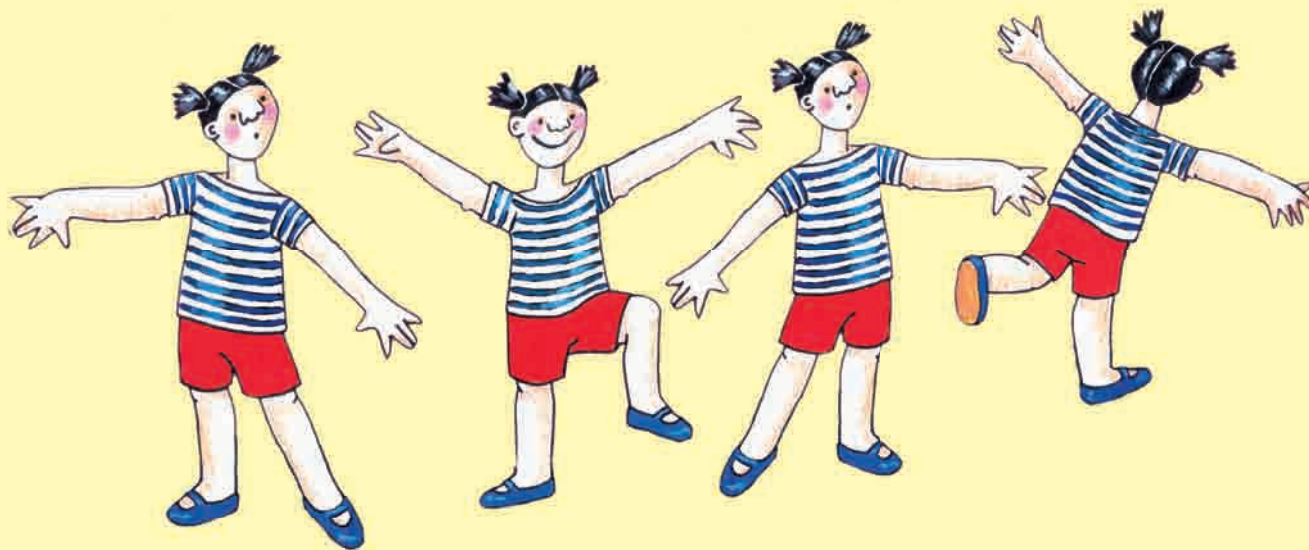
—¡¿Qué es, papá?! —preguntó Valentina muy ansiosa por saber qué sería lo que tendría que decirle su padre.

—¡Pues que tú, Valentina, tú ya eres una PERSONA MARAVILLOSA!



FIN





CAMPAÑA DEL JUGUETE Y DEL JUEGO NO SEXISTA, NO VIOLENTO



Excmo. Ayuntamiento de Dos Hermanas
Concejalía de Igualdad y Educación



JUNTA DE ANDALUCÍA

Instituto Andaluz de la Mujer

CONSEJERÍA PARA LA IGUALDAD Y BIENESTAR SOCIAL